

municiones; y subiendo hasta la cubierta del edificio, levantan las tejas y de cada agujero hacen una aspillería. Los granaderos del rey y los soldados del 87.º intentan en vano un asalto, y si bien algunos consiguen llegar hasta una de las puertas, una vez allí no pueden avanzar ni retroceder y se ven obligados á buscar al pie de las murallas un abrigo en el que permanecen agazapados. El general de Kirchbach, comandante del V.º cuerpo, es herido, y á su lado caen muchos oficiales. Sólo la artillería podrá vencer la resistencia; así es que á costa de grandes esfuerzos se lleva á la meseta una batería y luego otra y poco después dos más, cuyos proyectiles penetran en todos los pisos del castillo. Únicamente entonces los sobrevivientes del 74.º y del 50.º, cercados y sin esperanzas de ser socorridos, se deciden á capitular. Resistencia heroica y tanto como heroica eficaz, puesto que, entreteniéndolo al enemigo en la colina, permite al resto de la división continuar su movimiento retrógrado. Los tiradores argelinos, la caballería, la artillería y algunos destacamentos aislados se retiran en dirección á Lembach; en cuanto al grueso de la brigada Montmarie, después de un último combate cerca de la granja del Schafbusc, se retira por el lado de Haguenau.

Cruzábanse los últimos tiros entre los prusianos y nuestra retaguardia cuando llegó á la meseta el príncipe real, á quien recibieron los soldados con grandes aclamaciones. Por la parte del Lauter seguían llegando nuevas columnas: era la gran invasión que penetraba en Alsacia. Sin embargo, no hubo persecución á raíz de la batalla, porque una parte de la caballería se había quedado muy atrás y porque además nuestros adversarios no estaban aún envalentonados por la victoria. Las pérdidas del enemigo se elevaban á más de 1.500 hombres entre muertos y heridos; las nuestras consistieron en 1.170 hombres sin contar 700 ó 800 prisioneros hechos en Wissemburgo y en el castillo del Geisberg.

Este combate, el primero de la campaña (pues no cabe dar tal nombre á la escaramuza de Sarrebruck), ofrecía en pequeña escala la imagen fiel de lo que había de ser la guerra. Nos habían sorprendido en medio de la seguridad de nuestros vivaques, y lo mismo había de suceder en los ulteriores encuentros; nuestra caballería nada había explorado y nuestra artillería había sido anonadada por la artillería enemiga, y estas deficiencias habían de reproducirse en las próximas batallas. Se había patentizado nuestra inferioridad numérica, y ¡cuántas veces había de patentizarse en lo sucesivo! Los prusianos, al ver confirmado el convencimiento de sus ventajas, pudieron desde el primer momento calcular también lo que les costarían sus victorias. La falta de previsión inicial y de ciencia militar por nuestra parte había de compensarse durante el curso de la guerra por la heroica intensidad de los esfuerzos individuales; pero nunca estos esfuerzos se manifestarán tan sublimes como en aquella jornada del 4 de agosto, en la que una sola división había luchado por espacio de siete horas, sin desfallecimientos y sin miedo contra un enemigo que, recibiendo continuos refuerzos, acabó por hacer entrar en acción á más de 30.000 hombres. El mismo príncipe real, en medio de la satisfacción del triunfo, expresó repetidas veces su admiración por el

valor francés; quiso visitar personalmente el sitio en donde descansaban los restos mortales de Douay, é inclinándose piadosamente ante el valeroso caudillo, honró en él á toda la división.

## X

A las nueve de la mañana, un telegrama del jefe de la estación de Wissemburgo había notificado el ataque á Mac-Mahón, el cual inmediatamente salió de Estrasburgo. En Sultz recibió dos nuevos despachos, el primero comunicándole que Douay tenía que habérselas con fuerzas muy superiores y que la vía estaba cortada, y el segundo, que no era aún exacto en el momento de ser transmitido, anunciándole la toma de Wissemburgo. El comandante del 1.º cuerpo dejó el ferrocarril y montando á caballo partió precipitadamente para Lembach, en donde creía encontrar al general Ducrot. Este, separado del lugar de la acción por algunas alturas cubiertas de bosques, al principio no había oído el cañoneo, y al tener noticia del combate habíase dirigido á Climbach, en donde se le reunió el mariscal, subiendo ambos á la garganta del Palomar. Desde allí pudieron contemplar todo el campo de batalla; pero ya entonces se había consumado la derrota y la extraordinaria afluencia de tropas enemigas había hecho inútil toda intervención. Mac-Mahón bajó la montaña, y desandando su camino, llegó á Reichshoffen, en donde se instaló aquella noche en el castillo del conde de Leusse.

Todo anunciaba que el combate del 4 de agosto era el preludio de una acción general. Al Este de Reichshoffen se extendía la posición de Froeschwiller, detenidamente explorada en 1867 por Frossard, quien la había calificado de excelente para librar en ella una batalla defensiva: allí se propuso Mac-Mahón concentrar sus divisiones y todos los destacamentos dispersos en el llano del Rhin.

El mariscal, acompañado de los generales Colson y Faure, pasó una parte de la noche estudiando los mapas, y de cuando en cuando interrogaba á su huésped que por su conocimiento del país era un excelente informador. El día 5, á las cuatro de la madrugada, hízose acompañar por el general Ducrot y por el conde de Leusse, y en una carrera al galope llegó á la aldea de Froeschwiller.

Estos sitios merecen ser descritos porque en ellos habían de decidirse al día siguiente la suerte de Alsacia y la de la misma Francia.

Entre los ríos (1) que nacen en la prolongación de los Bajos Vosgos y riegan la llanura de Alsacia, se encuentra el Sauer que descendiendo de Fischbach á Lembach, corre de Norte á Sur, pasa por Wörth, y torciendo al Este, sigue el lindero del bosque de Haguenau y desemboca en el Rhin. Hacia la mitad del curso de este río, es decir, en las inmediaciones de Wörth, habíase fijado en 1867 la atención de Frossard y fijábanse en 1870 las miradas de Mac-Mahón: en aquel punto, el Sauer, bastante crecido después de las lluvias, pero vadeable en muchos sitios, se desliza por entre praderas despejadas y en un valle de ocho á novecien-

(1) Véase el mapa adjunto.

tos metros de anchura. Al Oeste del río, ó sea en la orilla derecha, se extiende en una longitud de siete á ocho kilómetros uno de los últimos contrafuertes de los Vosgos, meseta que en abruptas pendientes, cubiertas de viñas y huertos, se alza á 70 ú 80 metros sobre el Sauer. La meseta presenta fuertes ondulaciones, está sembrada de árboles frutales y llena de setos y barrancos. En las cimas y en los flancos de las colinas habíanse construido varias aldeas, de las cuales la más hacia el Norte era Nehwiller y la más hacia el Sur Morsbronn: en el centro, es decir, en el punto culminante, estaba Frœschwiller, y mil quinientos metros más al Sur el caserío de Elsasshausen. Descendiendo de Frœschwiller hacia el Este, se encontraba al pie de la meseta y al borde mismo del río el burgo de Wœrth: orientándose, por el contrario, hacia el Oeste, se llegaba á otra aldea, Reichshoffen. Cruzaban aquella región varias carreteras: una de ellas, procedente de Reichshoffen, bajaba hacia Wœrth, atravesaba el Sauer y se prolongaba hacia Soultz; otra, que también pasaba por Wœrth, costeaba la base de las alturas, y después de haber seguido algún tiempo una línea paralela al Sauer, se dirigía á Haguenau. Las laderas de las colinas y las colinas mismas estaban en parte cubiertas de bosques. Yendo de Norte á Sur, se atravesaban la selva de Langensulzbach, el bosque de Frœschwiller, el bosquecito de Elsasshausen y, por último, el Niederwald que al Oeste se extendía hasta el arroyo y la aldea de Eberbach, y al Este hasta cerca del Sauer. Detrás, y en la dirección de Reichshoffen, había los vastos oquedales del Gresser-Wald. La meseta no descendía hasta que tocaba á su extremo Sur, más allá de los plantíos de lúpulos de Morsbronn: por este lado las colinas, que en suave pendiente bajaban hacia el Sauer, ofrecían un aspecto casi de desnudez que contrastaba con los bosques, los huertos y los grupos de nogales y acacias que llenaban de defensas naturales el resto de la región.

Tal era el largo contrafuerte montañoso en otro tiempo estudiado por Frossard. Aquella posición presentaba indudablemente grandes ventajas: si los alemanes, al penetrar en Alsacia, querían atacarla, habían de encontrar primeramente el Sauer, obstáculo que, sin ser infranqueable, retrasaría su marcha y contendría su impulso; al otro lado del río alzábanse las montañas de la orilla derecha, más elevadas en general que las de la margen izquierda, y las praderas que limitaban el río ofrecerían escasos abrigos al asaltante. Y si el enemigo trataba de escalar las escarpadas vertientes, encontraría á nuestros tiradores emboscados en los bosques, en las viñas y en los plantíos de lúpulo.

Estas ventajas, aunque reales, distaban mucho de asegurarnos una superioridad decisiva y los prusianos las han exagerado mucho *a posteriori* para dar á su victoria mayores proporciones. El río no podía constituir una barrera formal sino á condición de que los puentes fuesen destruidos, ocupada Wœrth y fortificadas las cumbres con obras defensivas. Ciertamente que la orilla derecha dominaba la izquierda, pero no en todos los puntos. En efecto, al Este del Sauer agrupábanse varias aldeas, Goersdorf, Diffenbach, Oberdorf, Gunstett y Duvenbach; pues bien, la colina de Gunstett dominaba todo el valle y había de ofrecer excelentes posiciones para la instalación de las piezas de largo alcance de la

artillería prusiana. Por último, un enemigo audaz podría intentar rebasar nuestras alas, empresa que nada tendría de quimérica si el escaso número de nuestras tropas nos obligaba á desplegarlas en una línea más extensa que profunda.

A pesar de estos posibles peligros, Mac-Mahón, satisfecho de su examen, resolvió escalar sus divisiones de Norte á Sur á lo largo de la meseta: la 1.<sup>a</sup> división (la división Ducrot), que á las nueve de la mañana llegó de Lembach, se situó entre Nehwiller y Frœschwiller y formó el ala izquierda; en el centro se instaló la 3.<sup>a</sup> división (división Raoult) que desde la víspera estaba en las orillas del Sauer y que se colocó enfrente de Wœrth, extendiéndose por un lado hacia los bosques de Frœschwiller y por el otro hacia Elsasshausen; en el ala derecha se distribuyó la 4.<sup>a</sup> división (división Lartigue) que había llegado de Haguenau á primera hora del día. Según el plan primitivo de Mac-Mahón, esta última división debía permanecer en la orilla izquierda del Sauer y, concentrada en la colina de Gunstett, amenazar de flanco á los asaltantes; pero la escasez de los efectivos y la incertidumbre acerca del concurso del 7.<sup>o</sup> cuerpo habían sido causa de que se desistiera de esta sabia combinación. Por esto el general de Lartigue había temido que situar sus tropas en una posición, buena en sí misma, pero demasiado extensa, que se prolongaba desde Elsasshausen hasta en dirección á Morsbronn.

Durante el día llegó la 2.<sup>a</sup> división, confiada, después de muerto Abel Douay, al general Pellé: muy debilitada por el combate de la víspera, fué colocada en segunda línea, en el centro de la meseta y detrás de la división Raoult.

Mac-Mahón apenas se atrevía á contar con la ayuda del 7.<sup>o</sup> cuerpo; sin embargo, por la tarde comenzó á llegar á la estación de Reichshoffen una de las divisiones de Félix Douay, la división Conseil-Dumesnil, que tomó posiciones, á lo menos en parte, al Oeste de Elsasshausen.

La mitad de la caballería vivaqueó en Reichshoffen y la otra mitad en Eberbach, y el cuartel general fué trasladado á Frœschwiller.

Se han estimado estas fuerzas en 46.000 hombres; pero esta cifra representa el efectivo total del 1.<sup>er</sup> cuerpo reforzado con toda la división Conseil, no el de las tropas reunidas el 5 de agosto al Oeste del Sauer, puesto que al 1.<sup>er</sup> cuerpo le faltaban dos batallones, varios escuadrones de caballería y el 87.<sup>o</sup> de línea que se había quedado en Estrasburgo, y la división Conseil se encontraba sin artillería. Hechas estas deducciones, el ejército reunido á las órdenes de Mac-Mahón contaba, según los cálculos más fidedignos, 35.000 infantes, 6.000 caballos y 130 cañones.

Mac-Mahón y Ducrot, que desde la garganta del Palomar habían observado el día antes el despliegue de los ejércitos alemanes, los habían evaluado en más de 80.000 hombres. Este cálculo estaba por debajo de la verdad, pero aun siendo exacto era bastante para patentizar nuestra inferioridad numérica; por esto, en aquella jornada del 5, el mariscal, dominado ya por hondas preocupaciones, se esforzaba en pensar de dónde recibiría socorro. El auxilio no podía llegarle del 7.<sup>o</sup> cuerpo que, aparte de la división Conseil, tenía una de sus divisiones en Altkirch, ocupada en vigilar el Alto Rhin,

y la otra todavía en Lyon; en cambio, el 5.<sup>o</sup> cuerpo estaba bastante cerca para poder esperar su ayuda.

A las diez de la mañana, Mac-Mahón envió al emperador un despacho en el que, después de informarle de su posición y de sus proyectos, añadía: «Si es posible disponer de un cuerpo de ejército del Mosela que venga á reunirse conmigo por el camino de Bitche ó por la carretera de la Petite-Pierre, estaré en condiciones de tomar la ofensiva con ventaja.» Tres horas después llegó de Metz la respuesta en forma de un telegrama dirigido por el jefe del estado mayor general á todos los comandantes de cuerpo, que ponía para las operaciones militares los cuerpos 2.<sup>o</sup>, 3.<sup>o</sup> y 4.<sup>o</sup> á las órdenes de Bazaine y los 1.<sup>o</sup>, 5.<sup>o</sup> y 7.<sup>o</sup> á las de Mac-Mahón; de manera que, aunque tarde y muy incompletamente, se volvía á la concepción de dos grandes ejércitos, que era la que había prevalecido en los primeros días. Mac-Mahón, haciendo uso inmediatamente de aquellos poderes, pidió á Faily «que se le uniera lo más pronto posible;» á las cinco y media de la tarde le envió un segundo despacho diciéndole: «Comunicadme en seguida el día en que os reuniréis conmigo y por dónde. Es indispensable y urgente que determinemos nuestras operaciones;» y durante la noche expidió un tercer mensaje concebido en estos términos: «Venid á Reichshoffen con todo vuestro cuerpo de ejército lo más pronto posible. Espero que llegaréis mañana antes de la noche. Acusadme recibo.»

El general á quien se dirigían tan apremiantes despachos tenía su 3.<sup>a</sup> división (la división Guyot de Lespart) concentrada en Bitche, es decir, á 27 kilómetros solamente de Reichshoffen; la 1.<sup>a</sup> (división Goze) vivaqueaba en torno de la granja de Freudenberg, situada á tres kilómetros detrás de Bitche, y únicamente la 2.<sup>a</sup> (división L'Abadie d'Aydrain) se encontraba más apartada, pues estaba distribuida entre Rohrbacher y Sarreguemines. Apresurándose un poco y aprovechando los días largos del mes de agosto, la división Lespart podía llegar el 6, muy temprano, á Reichshoffen, y á corta distancia podía seguirla la división Goze, y aun hubiera podido ganarse tiempo si la infantería hubiese utilizado el ferrocarril. Un militar de criterio sencillo y vigoroso habría abarcado de un solo golpe de vista esta situación, y considerando todo lo demás como secundario, habría acudido lo más rápidamente posible allí donde todo había de desenlazarse, allí donde, por otra parte, le llamaba la voluntad de Mac-Mahón; pero el general Faily, muy valiente y con excelente hoja de servicios, era uno de esos hombres mediocres y complicados á quienes los grandes acontecimientos desconciertan y que, honradamente deseoso de no descuidar nada, todo lo comprometen queriendo atender á todo. Al recibir las órdenes de Mac-Mahón, no supo prescindir de los detalles y elevarse hasta la concepción exclusiva de la gran labor que el país esperaba del mariscal y aun de él mismo; y antes al contrario se preocupó de todas aquellas cosas que se creía llamado á proteger, á saber, de Bitche, del ferrocarril y de la brecha de Rohrbacher, y temió perder sus comunicaciones con el 2.<sup>o</sup> cuerpo. Después, al saber que el enemigo había sido avistado en Pirmasens y en los Dos-Puentes, se afirmó en su resolución de no desguarnecer la larga faja de territorio cuya protección le había sido en un

principio encomendada. Mac-Mahón reclamaba la ayuda del 5.<sup>o</sup> cuerpo y Faily contestó que no podía desprenderse de la división L'Abadie, ni siquiera de la división Goze, que sólo disponía de la división Guyot de Lespart y que iba á reunirla y enviarla á Reichshoffen. Y aun añadía esta restricción algo alarmante: «Es posible que se vea obligada á detenerse en Niederbronn.»

Esta situación, que ya se había adivinado á medias durante el día 5, no dejaba de causar ansiedad entre los que rodeaban á Mac-Mahón. En el cuartel general del 1.<sup>er</sup> cuerpo se discutieron resoluciones que demostraban la magnitud de las inquietudes: Ducrot, que por su conocimiento de Alsacia y por su reciente mando en Estrasburgo tenía especial autoridad, multiplicó los consejos y su deseo hubiera sido que, en previsión de un ataque, se fortificara con obras de campaña la posición de Frœschwiller; pero se le replicó que las tropas estaban cansadas de su larga marcha y que sería poco oportuno imponerles un aumento de fatiga. Desahuciado por este lado, el general insistió en que la infantería del quinto cuerpo fuese conducida por ferrocarril, á fin de que la carretera quedase libre para la caballería, la artillería y los carros; mas este consejo agradó poco á Mac-Mahón, el cual alegó el mucho tiempo que habría de perderse en los embarques y desembarques. Lo que más temía Ducrot de la próxima batalla era la gran desproporción de fuerzas, y dominado por este temor, llegó á proponer una retirada sobre Lemberg, en donde se ocuparían fuertemente las crestas de los Vosgos y se permanecería en contacto con el ejército de Lorena. El mariscal, sin rechazar en absoluto el proyecto, lo aplazó, persuadido como estaba de que tendría todo el día siguiente para pensar en lo que más conviniera y de que la lucha no comenzaría hasta el 7. Mac-Mahón sólo cedía al temor para aferrarse en seguida nuevamente á la esperanza: el afortunado, el heroico vencedor de Malakof y de Magenta se acordaba de las antiguas guerras, creía, fundándose en memorables ejemplos, que el valor individual triunfa siempre del número y, poco iniciado en los nuevos métodos de guerra, conservaba una confianza inalterable en la persistencia de su buena suerte y en el valor de sus soldados.

Esta confianza, mezcla de ignorancia y de bravura, la tenía también el ejército, y mientras en el castillo de Reichshoffen y en el cuartel general de Frœschwiller algunos jefes comenzaban á vislumbrar en ciertos momentos breves y tristes los reverses futuros, nuestros soldados vivaqueaban esperando el desquite. La derrota de Wissemburgo no había desalentado á las tropas, las cuales la atribuían á la mala suerte, á la sorpresa, al número. Por la mañana habíanse presentado por el lado del *alter Mühle*, en muy buen orden y con soberbio porte, los restos del 1.<sup>o</sup> de tiradores; con los soldados válidos iban mezclados muchos hombres ligeramente heridos que se habían negado á abandonar las filas y cuyas energías podían más que sus sufrimientos. Mientras subían la cuesta de Wœrth á Frœschwiller, habían atravesado los campamentos de sus compañeros del 2.<sup>o</sup> regimiento, quienes habían salido á su encuentro, les habían colmado de atenciones y haciendo grandes protestas les habían prometido vengarlos. La belleza de

aquellos sitios, la perspectiva de la lucha, todo contribuía á levantar los ánimos; así es que se prepararon alegremente los vivaques, sin que ninguna alarma seria turbara aquella satisfacción. A cosa de mediodía, habíanse visto algunos destacamentos prusianos que parecían dirigirse de Goersdorf á Gunstett; poco después algunos hulanos que habían osado atravesar el Sauer sucumbieron bajo el fuego de una gran guardia del 13.º batallón de cazadores. Hacia el anochecer, una patrulla de *turcos* distinguió al través de los plantíos de lúpulo á un oficial alemán que, acompañado de ocho ó diez jinetes, reconocía el río y tomaba croquis; pero se hicieron algunos disparos y aquel grupo desapareció. El oficial, en la precipitación de su huída, dejó en el suelo un mapa geográfico; los tiradores argelinos lo recogieron y después de darle vueltas, como se hace con un objeto curioso, lo llevaron á su coronel. El mapa pasó de mano en mano y fué detenidamente estudiado: jamás se había visto otro tan práctico ni tan completo, y las manchas que tenía demostraban lo mucho que de él se habían servido.

## XI

Esos grupos de caballería, esas exploraciones, anunciaban la proximidad del enemigo. El 4 de agosto, después del combate de Wissemburgo, el ejército alemán había perdido el contacto con el nuestro; pero ya lo había recobrado: en la tarde del 5, los bávaros del II.º cuerpo se establecieron en Lembach, muy cerca del Sauer, y los prusianos del V.º cuerpo en Preusdorf; detrás estaba el XI.º cuerpo, acantonado en Sultz, en donde se hallaba el cuartel general; y el I.º cuerpo bávaro, los wurtembergueses y los badenses encontrábase distribuidos entre Ingolsheim y Ahsbach. La distancia que separaba los últimos campamentos franceses y los primeros campamentos prusianos era sólo de seis kilómetros; esto no obstante, el príncipe real creía, como Mac-Mahón, que el día siguiente sería de reposo y no pensaba librar batalla hasta el 7.

Las primeras horas de la noche del 5 al 6 transcurrieron con tranquilidad, sin que turbara el silencio otra cosa que el silbido de los trenes que atravesaban la gran selva de Haguenau; pero á eso de las once, el cielo, hasta entonces muy límpido, cubrióse de nubes y poco después estalló una tempestad con torrentes de lluvia. En seguida las vanguardias comenzaron á tirotearse desde ambas orillas del Sauer, durando aquel tiroteo hasta el amanecer. Apenas se hizo de día, prusianos y franceses corrieron á las viñas, arrancaron los rodrigones y encendieron con ellos grandes fogatas para secarse, viéndose entonces, así en las alturas de Diffenbach como en las de Froeschwiller, elevarse las llamas de aquellas hogueras improvisadas. A pesar de la proximidad del enemigo, nuestra vigilancia no fué mucha, según parece, como lo prueba el hecho de que á las seis de la mañana un buen número de franceses se escaparon del vivaque bajaron á Woerth y con el abandono que caracterizaba á las costumbres militares de aquel tiempo, se diseminaron por las posadas para comprar tabaco y confortarse (1).

(1) Véase general Bonnal, *Froeschwiller*, pág. 209.

Mientras con el día renacía la animación en los campamentos, continuaba la deliberación de los generales comenzada el día antes. Ducrot juzgaba que la posición de Froeschwiller, excelente para luchar contra 45.000 hombres, sería peligrosa en presencia de dobles fuerzas, y por esto pedía con insistencia que el ejército se replegara hacia los Vosgos; pero Mac-Mahón se resistía á ello, pues no creía en la inminencia de una batalla y además calculaba que Faily estaría seguramente en camino. Mientras esto se discutía, oíanse numerosos tiros en las orillas del Sauer, pero nadie hacía caso de ellos, porque aquel tiroteo ya se había escuchado durante una parte de la noche. El general Raoult y el conde de Leusse apoyaron las observaciones de Ducrot. En esto, algunos oficiales anunciaron que las escaramuzas iban tomando el aspecto de combate y que sobre Gunstett avanzaban numerosas fuerzas enemigas. Entonces, y ante nuevas instancias, el mariscal cedió y aun resolvió que comenzara en seguida la retirada; pero en aquel momento oyóse mezclado con el fuego de fusilería el estampido de los cañonazos que puso término á la conferencia: la batalla había empezado, una batalla imprevista para Mac-Mahón y, ¡cosa aún más extraña!, imprevista también para el príncipe real.

Aquella iniciativa extraordinaria se debía al comandante de la vanguardia del V.º cuerpo, el general Walther de Montbarry, el cual, apostado muy cerca del Sauer, había notado, ó creído notar, inusitados movimientos en los campamentos franceses y había ordenado inmediatamente un reconocimiento ofensivo. Tal era la causa de los cañonazos que acababan de iniciar el combate y que habían puesto fin á las indecisiones de Mac-Mahón.

La casualidad quiso que aquel reconocimiento, operación secundaria en sentir del comandante prusiano, señalara el comienzo de la acción general.

En la tarde del 5 de agosto habíase ordenado al II.º cuerpo bávaro, acampado en Lembach, que avanzara contra el ala izquierda francesa si á la mañana siguiente resonaba el cañón por el lado de Woerth; y para mejor asegurar esta orden, la 4.ª división, la del conde Bothmer, habíase dirigido al amanecer hacia Mastsall, avanzando luego hasta Langensouzbach. En aquel momento, es decir, á las siete de la mañana aproximadamente, oyóse el cañoneo precisamente del lado de Woerth, y los bávaros, no dudando de que aquella era la señal convenida, se dirigieron á Froeschwiller, en donde se distinguían los campamentos franceses.

De este modo había de desarrollarse hacia nuestra ala izquierda el combate comenzado en el centro. Los cazadores bávaros del 6.º batallón y los fusileros del 9.º regimiento penetran en la selva de Langensouzbach, la atraviesan, no sin extraviarse un poco, y salen al lindero Sur de la misma; pero la división Ducrot en nuestra izquierda, y la división Raoult algo más al centro, han empuñado las armas, y en el momento en que los enemigos entran en el claro que separa la selva del bosque de Froeschwiller, son fusilados á corta distancia por los zuavos, los soldados de infantería y los *turcos*. Entonces retroceden rápidamente hacia la espesura, adonde los persigue el fuego de nuestras baterías situadas en las alturas, y aunque los bávaros repiten varias veces su tentativa, en vano tratan de acercarse á Froeschwiller,



BATALLA DE WOERTH (cuadro de Enrique Lang)